

CON CIUDADANÍA

Fraguando el desiderátum

Emilio J. Soriano

Miembro de las Comunidades Cristianas de Base

La inteligencia, el libre albedrío, la ética y la empatía son las capacidades básicas que configuran lo más genuino del ser humano. La inteligencia, utilizada con honestidad es un potencial de progreso y bienestar para todos; la libertad posibilita la autonomía y responsabilidad en el ejercicio de nuestras decisiones; la ética nos permite distinguir entre el bien y el mal, la moralidad y lo inmoralidad, lo justo y lo injusto; la empatía con las dificultades de nuestros prójimos nos impele a la solidaridad. En el lado opuesto, excepción hecha de los daños ocasionados por las catástrofes naturales, los principales males que afectan a la humanidad proceden del egoísmo. Cuando éste se manifiesta en el ámbito de lo público, el daño infligido a la sociedad, a su moralidad, es enorme. De ahí la decepción, frustración e indignación que caracterizan el presente que vivimos. Pese a ello no deberíamos dejarnos llevar por la crítica fácil, no caer en el pesimismo y no perder de vista el objetivo final: la consolidación de los valores morales de la sociedad. Los medios para lograrlo constituyen el debate más importante que debemos mantener unos con otros. Estar abiertos y asumir nuevas formas de organización política fundamentadas en el diálogo y el consenso, a buen seguro que propiciaría las condiciones necesarias para que todos los ciudadanos podamos vivir con dignidad. “Para que pueda surgir lo posible es preciso intentar, una y otra vez, lo imposible” (Hermann Hesse).

Si algún valor ha de tener la crisis que estamos padeciendo, éste sería el de actuar como revulsivo que posibilite un mayor protagonismo ciudadano capaz de demandar más autoridad moral a la clase política, mayor transparencia en las decisiones de gobierno de los distintos estamentos y la mejora en los servicios básicos de educación, sanidad, vivienda y servicios sociales; todos ellos imprescindibles para poder garantizar un digno nivel de vida. Necesaria, igualmente, es la promulgación de una nueva política fiscal que suprima todos los subterfugios legales que favorecen a los más ricos, a la vez que suavice las obligaciones de los que menos tienen.

No existe mérito alguno en el uso de la inteligencia al servicio de actos inmorales e ilícitos en el ámbito de lo público; la “ética del pillo” actúa como un ‘cáncer’ en el seno de la sociedad. Dicho esto, procede decir que de poco ha de servir la denuncia pública si no somos capaces de tomar una decisión justa en nuestro cotidiano convivir, si en nuestro día a día no predicamos con el ejemplo, si nuestras actuaciones en el ámbito personal, familiar y social no están guiadas por la honradez y la generosidad.

Con la finalidad de propiciar este desarrollo moral y promover la participación de ciudadanos bien formados y críticos, no debiéramos olvidar la trascendencia que, tanto en el seno familiar como en el ámbito escolar, tiene educar en los principios sociales de honestidad, responsabilidad, verdad, respeto a las diferencias, ejercicio de la justicia, altruismo, perdón, solidaridad, compañerismo... Acervo ético que, como siempre se ha hecho en la escuela, debiera ser protegido y potenciado en todos los estamentos sociales.

Llegado el momento de votar en unas elecciones, y con independencia de las ideas de cada cual, el compendio de moralidad anteriormente reseñado debiera inducirnos a no otorgar nuestro voto a aquellas candidaturas que contemplen personas imputadas; tampoco a partidos que toleren actitudes xenófobas y discriminatorias en razón de etnia, sexo u orientación sexual.

Procedamos con inteligencia cívica y honestas convicciones en nuestro diario convivir. Pongamos la dignidad humana en el centro de nuestros valores y, por la trascendencia que ello conlleva, en el centro de la acción política también; es nuestro deber. Si así lo hiciésemos podríamos, desde esos pilares, configurar las estructuras de un renovado modelo social que nos permita ir fraguando el desiderátum de un mundo mejor. Los valores humanos y cristianos que se vivencian en nuestra sociedad son base suficiente para su logro. No nos cansemos de potenciar la esperanza y alzar la mirada hacia un futuro que mejore la realidad. “La utopía está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar y mejorar”. (Eduardo Galeano, recientemente fallecido).